

“¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!” (Mateo 7,21-29)

Jesús dirige estas durísimas palabras a quienes se consideraban sus seguidores privilegiados: *“¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?”* Personas dedicadas a predicar su mensaje, que llegaron a expulsar demonios e hicieron milagros en su nombre.

Sin embargo se encuentran con el rechazo más absoluto por parte del Maestro: *“Jamás os conocí”* ¿Qué ha podido ocurrir para merecer tal rechazo?

La respuesta la encontramos en el mismo texto que estamos reflexionando: *“No todo el que me diga Señor, Señor, entrará en el Reino... sino el que haga la voluntad de mi Padre... el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica...”*

Para Jesús de Nazaret no hay situación que cause mayor repulsa que la hipocresía de quien no compromete su vida, sus conductas cotidianas, con aquello que proclama creer. El hipócrita simula una identidad que en realidad no tiene. Termina creyendo su propia mentira y creando un caparazón defensivo ante la llamada a la conversión.

El Evangelio de hoy suena alto y claro para quienes proclamamos nuestra fe en Jesús de Nazaret y hemos hecho de esta opción una seña de identidad por la que somos reconocidos. La vida sacerdotal, religiosa o de quienes nos consideramos “cristianos comprometidos” no pasa solamente por la proclamación de la fe, sino por la vivencia coherente de la misma.

Nuestro Fundador daba radical importancia a la dimensión testimonial de la vida consagrada y repetía a las primeras hermanas que su manera privilegiada de evangelizar era el modo de vivir el día a día de la Hospitalidad.

En esa misma perspectiva evangélica y carismática debemos entender el compromiso de los Laicos Hospitalarios. Inevitablemente, y a causa de nuestras fragilidades personales, la coherencia se nos presentará como una utopía hacia la cual debemos tender. Una utopía que renovará nuestro compromiso ante los fallos y alentará la esperanza con cada logro.

Se impone, por tanto, el humilde camino de quien, sabiéndose débil, hace de la Palabra una fuente inagotable para ir construyendo día a día su identidad como discípulo. La Palabra nos brinda la utopía cotidiana para continuar la marcha...

